

origen, desarrollo y crisis de la idea de razón —y su complementario concepto de libertad— que ha presidido el proceso modernizador occidental en los últimos doscientos años. Lejos de situarse en el optimismo antropológico que ha presidido la mayoría de las corrientes de la izquierda ortodoxa y que acababa confundiendo máxima racionalización técnica —o, si se quiere, máximo desarrollo de las fuerzas productivas— con socialismo, o al menos con posibilidad de socialismo, o de caer en el triunfalismo liberal según el cual el capitalismo de mercado, tal como lo conocemos, es el mejor de los mundos posibles, Salvador Giner creemos que sabe dar al

César lo que es del César y reconocer lo que en materias de libertades y ciudadanía el mundo occidental ha conseguido instaurar, pero también sabe reconocer lo limitado, pobre, injusto, degradado y manipulado que es no sólo el marco de libertades, sino todo el mundo occidental en sí. Ahora que se habla de la era del vacío (Lipovetsky) o de la desaparición (Virilio), o del final de la historia y la razón (postmodernos varios), Giner nos recuerda que, para bien o para mal, no sólo tenemos historia, sino que también, afortunada o desafortunadamente, tenemos historia para rato.

Luis Enrique ALONSO

Las asechanzas del intimismo

HELENA BÉJAR

El ámbito íntimo: Privacidad, individualismo y modernidad

(Madrid, Alianza, 1988)

En nuestra era finisecular, el individualismo se ha pervertido. Más que constituir una prolongación del ideal liberal clásico de privacidad, la noción de lo íntimo que se ha impuesto en la sociedad postmoderna es, en realidad, su inversión. El desencanto, el culto al cuerpo y a la terapia, la actitud de indiferencia y de *désengagement* hacia nuestros semejantes y hacia los asuntos públicos en general son algunos de los fenómenos que marcan el ascenso de la personalidad

enfermiza de nuestro tiempo: el narcisismo.

Tal es el diagnóstico de nuestra época a que llega Helena Béjar tras un prolijo examen del surgimiento y de la evolución de la noción de privacidad en el mundo moderno. Para la autora, «el tema de lo privado constituye un síntoma del malestar de nuestra cultura o, al menos, un signo de su complejidad» (p. 233). Para comprender el origen de la nueva moral que nos invade, reverso de las vie-

jas ilusiones y proyectos de transformación colectiva de los años sesenta, es necesario remontarse a los albores del espacio privado, que tuvo sus inicios en los siglos XVI y XVII.

Según Helena Béjar, los orígenes del ámbito íntimo están relacionados con la escucha del fuero interno propiciada por las sectas protestantes, por una parte, y con el recogimiento que acompaña la lectura en solitario tras la invención de la imprenta y la difusión de los libros, por otra. Los primeros pensadores que empiezan a reflexionar sobre la aparición de la dimensión privada son los teóricos del contrato social ingleses. Tanto Hobbes como Locke, en sus versiones absolutista y democrática, respectivamente, teorizan lo privado como un límite al mundo público, como una resistencia ante el Estado, a quien le está vedado intervenir sobre todo en cuestiones económicas y religiosas. Más tarde, los filósofos del siglo XIX que gestaron la concepción liberal del mundo —en particular, Constant, Tocqueville y Mill—, continuando por esa senda, concebirán lo privado como una esfera hurtada al dominio público, como una conquista que hay que defender y preservar contra las posibles intrusiones del Estado y de la comunidad. Como correctivo a la voluntad general de Rousseau, que podría derivar en el totalitarismo y en la opresión de la minoría por la mayoría, es necesario crear un espacio privado fuerte y libre de interferencias, refugio donde el ciudadano pueda desarrollar cabalmente su individualidad, su autonomía y su racionalidad. No cabe duda de que la con-

cepción de lo privado por parte de la teoría liberal, por más que se trate de una noción defensiva, tiene tintes claramente positivos. Sin embargo, es de reseñar que algunos autores como Constant o Tocqueville empiezan ya a entrever el embrión de lo que en el siglo siguiente se convertirá en los males de la intimidad. Estos autores son conscientes de que, paradójicamente, con el desarrollo de la democracia están asistiendo al nacimiento de un tipo de libertad que se ejerce por omisión y al progresivo abandono de la cosa pública por parte de los ciudadanos.

Con la generación fundadora de la sociología, que empieza a publicar su obra a finales del siglo XIX, el acento pasa del concepto de privacidad al de individualismo. Autores como Tönnies, Simmel, Durkheim y Weber conciben la individualidad no como algo dado, sino construido históricamente. Así, se interesa sobre todo por la sociogénesis del individualismo, por el conjunto de factores sociales que posibilitan su aparición en la era moderna. Con la creciente división social del trabajo y con la ascensión del capitalismo se crean un conjunto de condiciones en las cuales puede medrar un nuevo tipo de hombre con vínculos sociales totalmente distintos. El paso de la comunidad a la asociación (Tönnies), el aflojamiento de la conciencia colectiva y el desarrollo de un nuevo sistema de solidaridad gracias a la progresión de la división de trabajo (Durkheim), la importancia de la economía monetaria y del ambiente anónimo urbano en la sociedad moderna (Simmel), o los paralelismos

entre la ética de trabajo y de ahorro y las prácticas religiosas de las sectas calvinistas (Weber), son algunos de los modos en que estos autores caracterizan los procesos de individuación bajo el impacto de las condiciones de la modernidad.

Tras hacer una incursión en los aspectos transculturales e históricos de la privacidad, Helena Béjar pasa a tratar el tema que más le interesa y que imprime un mayor sello de originalidad a su obra: las asechanzas del intimismo. Según ella, siguiendo a autores tales como Sennett, Lasch o Lipovetsky, se ha producido una ruptura del equilibrio entre las esferas pública y privada en detrimento de la primera. Como reza uno de los títulos más conocidos de Richard Sennett, el hombre público —en franca decadencia— está dando paso a un sujeto frágil y endeble, vuelto hacia sí mismo y obsesionado por el problema de la autenticidad y la comunicación de sus sentimientos. Mientras tanto, el espacio público agoniza, prendido en las redes de la psicologización y la personalización de la vida política. En las sociedades avanzadas de final de siglo tiende a predominar una personalidad narcisista, que Helena Béjar caracteriza con los rasgos de la paz interna como objetivo, el carácter proteico, el deseo desenfocado, el distanciamiento, el supervivencialismo y el culto a la terapia. Con la ausencia de referente público, la comunidad se torna destructiva y los intentos compulsivos de comunicación se saldan con un estrepitoso fracaso. En la medida en que la sociedad se concibe como el ámbito de la impersonalidad

y de la alienación, los individuos se encierran en su caparazón para ponerse al abrigo de las inclemencias externas, con lo cual son incapaces de desarrollar defensas ante sus relaciones con los demás.

Constituye una cierta paradoja el que el culto a la terapia sea precisamente una de las características de la personalidad narcisista que informa en buena medida el individualismo de las dos últimas décadas cuando, para Helena Béjar, el instrumental de análisis que permite comprender la cultura del intimismo es el psicoanálisis. En efecto, el narcisismo no es más que una forma de personalidad inmadura caracterizada por la omnipotencia, el yo como objeto del deseo, la falta de contacto con el mundo exterior, un carácter débil y dependiente, la necesidad compulsiva de los demás, la evitación del conflicto y una actitud de exigencia continua, rasgos todos ellos que remiten a nociones de la psicología profunda. De esta forma, el recurso al psicoanálisis sería, al mismo tiempo, un síntoma del mal-estar de nuestro tiempo y un método válido de diagnóstico de los males de la intimidad.

El ámbito íntimo es una obra compuesta en clave de ensayo sociológico, género, por desgracia, poco cultivado en España, en el que no cabe duda de que a la autora le aguarda un prometedor futuro. El libro está muy bien escrito y su lectura es relativamente amena, cosa que no siempre sucede con los tratados de sociología. Sin duda, *El ámbito íntimo* está llamado a convertirse en la obra de referencia básica sobre los temas

de la privacidad y el individualismo, al tiempo que constituye una importante contribución al debate sobre la postmodernidad, la crisis del liberalismo y, en general, los signos de nuestra época. Permítaseme, sin embargo, expresar mis reservas hacia algunos aspectos de la obra que, aunque no lleguen a deslucir el conjunto, hubiesen podido recibir una mayor atención.

En primer lugar, las simpatías de la autora hacia las teorías de los autores comentados se reflejan en el tratamiento que hace de los mismos. Mientras que pensadores como Tocqueville, Constant o Simmel son analizados con brillantez y profundidad, otros como Tönnies o Durkheim son despachados de una forma harto superficial. Dicho sea de paso, en el tratamiento de este último se han colado un par de errores tipográficos de bulto: solidaridad orgánica en vez de mecánica, y *Gesellschaft* en vez de *Gemeinschaft* (p. 113).

Asimismo, y aunque se trata de un ensayo que se enmarca dentro de la tradición de la historia del pensamiento social y de la teoría sociológica, la obra hubiera ganado en densidad si la autora hubiese optado por explorar algunas de las relaciones existentes entre el advenimiento de la cultura del intimismo y las mutaciones sociales acaecidas en los últimos decenios. Este reproche podría ser injusto, puesto que Helena Béjar declara no ser el objeto de este libro exponer las causas estructurales de tanta mudanza. A pesar de ello, creo que hubiera sido deseable una mayor concreción, por ejemplo, a la hora de

determinar cuáles son los sectores que actúan como portaestandartes de la nueva moral de la intimidad. En este aspecto, nos tenemos que contentar con referencias más bien vagas sobre «ciertas capas —las más ilustradas— de la población» (p. 244) o bien «nueva vanguardia profesional o *high culture* caracterizada por compartir un mismo estilo de vida o *lifestyle enclave*» (p. 196). Esta mayor precisión hubiera sido tanto más recomendable cuanto que los sociólogos muchas veces tenemos tendencia a escribir sobre nosotros mismos y los ambientes en que nos movemos, tomando equivocadamente como mayoritario aquello que tan sólo afecta a sectores muy reducidos de la población, por más influyentes que sean ideológicamente.

Si la autora se hubiese decidido a abandonar el reino de lo teórico y prestado una mayor atención a la relación entre los males de lo íntimo y la estructura social en que se originan, hubiera podido presentar propuestas de cambio firmemente asentadas en la realidad. Me permito recordar que Helena Béjar tacha con acierto de voluntaristas los intentos de reconstrucción de la esfera íntima consistentes en la regeneración de la moral o la reivindicación de la familia tradicional, pero no brinda ninguna alternativa. Así, queda sumida en la penumbra la posible imbricación del neoindividualismo con fenómenos tales como la crisis económica, el resurgir del conservadurismo y la nueva mayoría moral, por no citar más que unos pocos. En particular, echamos en falta un análisis de la relación de la moral del intimismo con cuestiones

como la crisis de la institución matrimonial, los problemas de la pareja, el aumento de la tasa de divorcios, la cohabitación marital, el incremento de la soledad como forma de residencia, etc.

En conexión con todo lo antedicho, se nota la ausencia del tratamiento del papel de la familia en el proceso de privatización y en la aparición de la moral intimista. En el capítulo sobre «La privatización de las costumbres: Una visión histórica» faltan algunos apuntes sobre la historia de la familia, disciplina que en los últimos veinte años ha registrado avances espectaculares. Investigadores como Laslett, Macfarlane, Stone, Shorter, no aparecen en la bibliografía, mientras que otros como Ariès o Flandrin son mencionados pero no como cultivadores de esta especialidad. Asimismo, sorprende que sean silenciadas las contribuciones sobre la

familia de autores citados profusamente por Helena Béjar como Sennett (*Families against the City*) o Lasch (*Haven in a Heartless World*). Siendo así que la familia es el espacio donde se forjan los valores sociales primarios y la institución que media entre la estructura social global y la formación de la personalidad, es de lamentar que no se haya tratado más a fondo en una obra dedicada al ámbito de lo privado cuya pretensión es precisamente comprender el carácter narcisista propio de nuestro tiempo. No obstante, como ya se ha señalado anteriormente, todas esas insuficiencias son menores y no llegan a empañar el acierto general de *El ámbito íntimo*, que está destinado a ocupar un lugar de importancia dentro de la producción sociológica reciente en España.

Lluís FLAQUER

MICHEL MAFFESOLI

Le temps des tribus

(Le déclin de l'individualisme dans les sociétés de masse)

(París, Méridiens Klincksieck, 1988)

Una sociología «vagabunda» (p. 13) y «soñadora» (p. 100) es la propuesta teórica que atraviesa el nuevo libro de Maffesoli, *Le temps des tribus*. Su hipótesis es la siguiente: existe una centralidad subterránea informal que asegura la permanencia de la vida en sociedad. Nuestro fin de siglo exhibe una *socialidad* caracterizada por una dialéctica constante entre la ma-

sificación creciente y el desarrollo de unos microgrupos llamados tribus. Este neotribalismo está creando un clima «holista» que conlleva el resurgimiento de un *ethos* centrado en la proximidad y la organicidad de todas las cosas. Somos testigos de un reencantamiento del mundo que tiene como fundamento una sensibilidad vivida en común.